LA REPÚBLICA ARDIENTE

RODRIGO SUÁREZ PEMJEAN



La república ardiente

Rodrigo Suárez Pemjean

La república ardiente
Rodrigo Suárez Pemjean

Imagen de portada: Carolina Salinas, *Calle*, colagrafía, 2020
Diseño de portada: Rodrigo Suárez
Imágenes interior: Carolina Salinas, serie *Muros*, colagrafías, 2020
Diagramación: Rodrigo Suárez
Edición: Karina García Albadiz y Rodrigo Suárez

Santiago, junio de 2020

Páramo Editorial, 2020



Páramo Editorial

Nuestra política editorial se orienta hacia una poética en sentido amplio donde poesía y gráfica de países latinoamericanos dialogan. Páramo reivindica la necesidad del fortalecimiento conjunto entre la difusión cultural y los creadores, como reacción a un medio cultural clientelista que rehúye del pensamiento crítico. Páramo reconoce la necesidad de compartir el conocimiento, por lo que respetando la autoría, asume un modo de circulación libre de licencias.

La república ardiente

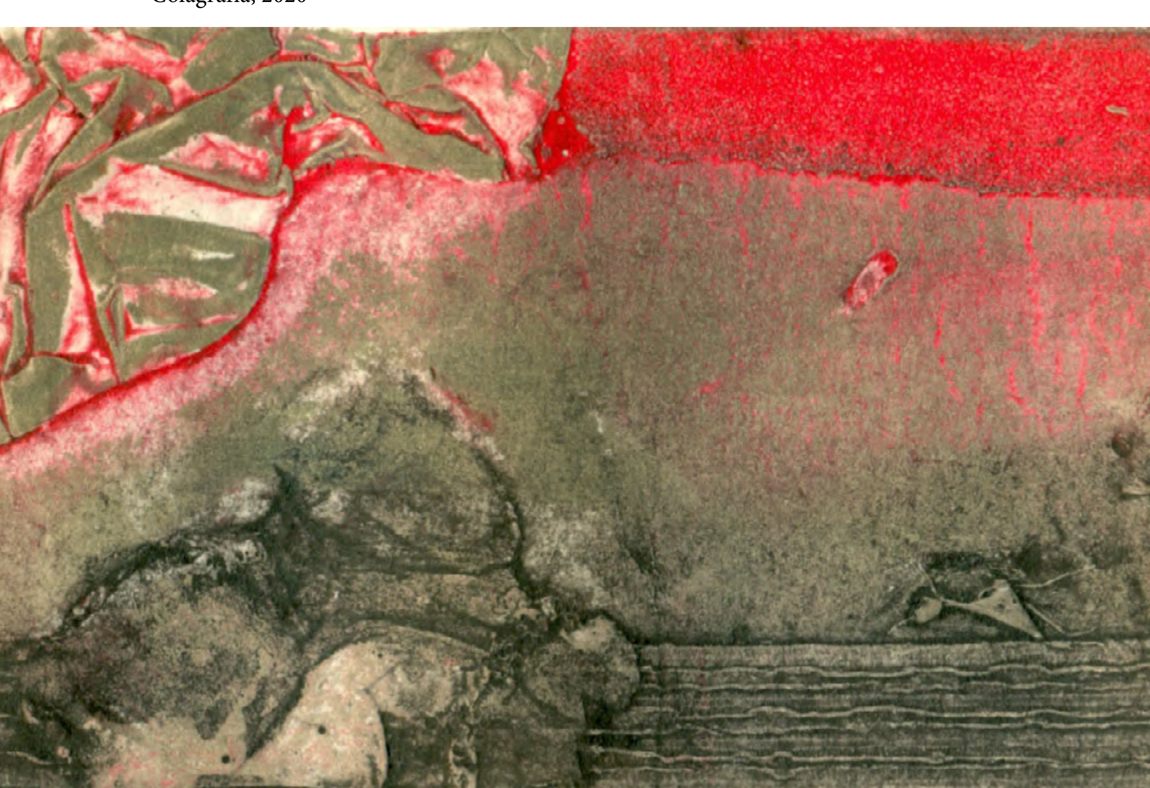
Rodrigo Suárez Pemjean



A Karina, mi compañera de sendas perdidas, por su coraje y amor implacable.

A mi madre, padre y hermano, por su apoyo constante.

Carolina Salinas
Un instante de dolor
Colagrafía, 2020



You making haste haste on decay: not blameworthy; life is good,
be it stubbornly long or suddenly
A mortal splendor: meteors are not needed less than mountains:
shine, perishing republic.

Te apresuras a decaer: no te lo reprocho, la vida es buena,
ya sea obstinadamente larga o repentino
esplendor mortal; los meteoros no son menos necesarios que
las montañas:
brilla, agonizante república.

Robinson Jeffers, "Shine, Perishing Republic"



Prefacio

Cuando se escribe «los olvidados permanecen en un lugar que no es la memoria», la afirmación es simultáneamente una pregunta ¿dónde están? El texto los ubica bajo el fondo marino, sin embargo, si no hay memoria, cómo saber de esa ubicación. Esta se construye desde la palabra. Se elige a esta como constructora de lo que se olvidó, quizás con alevosía.

La casa se sostiene en sus pilares, y su presencia en cómo se verbaliza. Arde porque se nombra, y ante la destrucción, el fuego sostiene los vestigios de lo que se pretende construir, porque «la indiferencia es una tragedia mucho peor».

La república ardiente de Suárez Pemjean construye la recuperación de la memoria desde un presente desolador, en tanto no se reconoce en sus carencias y horrores, donde «el polvo oculta la huella». Pero es posible que "«Quizás, a la salida del túnel, las compuertas se abran a otro mar, a una costa desconocida donde los puertos no duerman».

Casi sin nombrarse, son las ciudades puertos las que, entre cerros, permiten vislumbrar un mar que no sea cementerio, sino una ruta que permita mirarlas como lugar donde sea posible construir.

Es lo cotidiano, pequeños actos ceremoniales que resignifican la posibilidad de mirar sin velos tanto lo pasado como el momento mismo de estar ahora ahí.

La secuencia de imágenes, no actúan como un catastro sino son una propuesta de mirada, que devela cómo las palabras abren lo que se pretende invisible. La república arde, pues no se puede ahogar la intensidad de lo vivido.

Carlos Cociña
Santiago de Chile, 2020

La república ardiente



Carolina Salinas
Muros
Colagrafía, 2020

De los cuerpos que aún faltan

Ahí donde los seres cubrieron su llanto bajo capuchas,
donde los vivos taparon con edificios vacuos
los huesos enterrados en el combate,
los cadáveres rotos por las bombas de racimo,
el pulular de la sangre por el suministro
que aún tiñe el agua del grifo
cuando hoy terminamos de cocinar.

La bahía en su reflejo esconde
lo que hundimos con alevosía en el fango, los olvidados
permanecen en un lugar que no es la memoria.

Hoy el mar es tránsito de la mercancía del orbe
el calado de los buques no llega a tocar el fondo
no hay revueltas en el agua
la oscuridad determina el cauce de los hechos
—la caravana se prefigura en el ocaso de los soldados—.

Manifiesto del elector

No tengo,
el cambiante dolor atraviesa
la calle con sus fachadas.
La tierra ha descendido, un alud
fortuito, barro que relata la oscura pantalla.
La floja balada del elector
siembra una canalla esperanza donde el ácido
golpea el hígado nuestro.

No nos pongamos a llorar por la bilis derramada
el pan duro de olvido,
la mesa puesta cansada de esperar.

No tengo,
mas qué decir
de esta calle de lenta fruición
donde los vecinos terminan por reponer
el estuco de las fachadas
y ahí se quedan pasmados
y no tengo, solo la espátula
que impide que esta casa
se caiga a pedazos.

La república ardiente

No quiere, no quiere cesar ese llanto carcomido
sobre el cual se movilizan los hábiles retoños, arrojados
a una crédula diseminación,
cuadernos mutilados al fin del día.

Los hombres calados al sur de nuestra frontera,
al pie de las torres de alta tensión. Inmóviles, los hilos eléctricos
se encargan de alterar el derrotero

No acaba la esclarecida recta, la cañada
donde pusimos a resguardo nuestro dolor. La frontera
nos escupe y agachamos el pie torcido,
el rengo nos traiciona a cada paso.

Somos el cadáver adánico, la última provincia sostenida,
preparada para el olvido más cruel. Mientras,
los muertos se estancan en lo poco que queda de la república
ardiente.

Las fronteras

¿Hay manera de llegar a las fronteras de un país de mentira?
Si los mapas están muertos y olvidados en la escalera del archivo central. Si ya no puedo entrar a la oficina de partes, si las notarías cerraron puertas. ¿Qué ha muerto?
Yo trepo solo por las alamedas, el día y la noche se suceden.
Los relojes no marcan la hora.
Incluso los pájaros olvidaron cómo posarse en las ramas y caminan perdidos entre autos.
La gente que conocí ahora se resguarda del frío durmiendo bajo los techos de un mall y el ejército reparte pan y leche a los niños.
Las sirenas suenan cuando hay incendio, pero no hay nadie para manejar las bombas.
Las casas permanecen encendidas por días hasta que se apagan solas, como velas de iglesia.
Si hay viento, el fuego agarra muchas cuadras de techos débiles, árboles de jardín que seguro estaban secos hace tiempo. Poco a poco, el rostro se llena de marcas.
Abandonado a las higueras y los ceibos, el asfalto se deshace, las losas se agrietan, rompen y hacen tierra hoja. Me siento en un banco a su sombra.
¿A descansar? No sé. Tal vez sirva de algo detenerse, no pensar en los trabajos humanos, en el quehacer.
Hace poco tenía donde comprar menestras, pasear mi perro, ayudar a un vecino a subir la escalera. Tenía como olvidar...

¿Y qué hacer?

La república arde. Algunos dirán en los libros de historia que el hombre se convierte en lobo del hombre. Pero aquí la indiferencia es mucho peor.
Vendrán los camiones aljibes con agua limpia, haremos cola para abastecernos mientras los bombardeos prosiguen según lo acordado... en las aulas, en los despachos donde fuman pipas hechas con los desechos de una orquesta, hay hombres que sabrán cuidarnos.
¿No fuimos cómplices de un golpe, acaso? Jolgorio de corto alcance. No temas, cariño. Las armas nos salvarán de nuevo.

Humedal I

Parado en la caleta.
Y la fronda no divisada, oculta el sendero
de las latas de cerveza y colas, tranquilo
el paso del pilpilén sobre la bruma.

Y no encuentro, aunque me baje del auto y me presten larga
vistas, la oscura bestia y su batir unctuoso
de alas. El turismo calza en la playa venidera
pero el huairavo decrece en latitud
No lo veo, su ojo tintado de amarillo donde permanece
la legaña de un país dormido en el légamo.

Lejano Chile. Cartagena te mira, un Imperio
derrotado, sumiso al tiempo de las flores,
guerra florida entre el mar y la costra. Contubernio de
sacerdotes
leprosos en una tienda de mascotas



Carolina Salinas
Espacios manchados
Colagrafía y huecograbado, 2020

Humedal II

No te tuve el tiempo suficiente
el espejo, colgado en la esquina de un baño
en una gasolinera, se demoró en caer
hacer trizas el reflejo de un estilado pájaro
garza recortada en la puerta, la luna que asoma un cuerno sobre
el llano
Estamos en trance y el perdedor de esta competencia de miradas
ciegas
tendrá que limpiar la grasa del auto o comprar
bencina con monedas de a peso
por qué
cuando pisamos el comienzo de la arena, el pie se hunde
un paso que ahuyenta la fauna
y el revuelo casi mortuorio de la desbandada
¿Nos morimos? El fuego acaricia la orilla de la laguna íngrima

Las alturas del cobre

Anoche permanecí en las alturas del cobre,
envuelto en las perpendiculares estrofas de la bandera.
Las bocas no están muertas sin embargo. Son
piedra viva, piel cargada de monedas huecas.

Los maniquíes, al abrigo del precipicio,
no saben que el metal los apaña
con su salitre.

La caverna abre su hamaca a mi peso:
el cuerpo estéril, la cena ultimada
de mendrugos. Tienta el cortejo del mar.

La procesión no agarra rumbo.

Mausoleo

Como tantos otros fuimos al combate
con cuchillos de cocina que afilamos en la nieve,
las noches eran de luna vacía
los días, de hielo quemado;
me entristecían más los cuerpos de los tordos sobre el blanco,
que la sangre, las heridas polares
de los conscriptos.
¿A qué venía tanto invierno? ¿Tanta orden de marchar
y no rendirse so pena de fusilamiento?
Si la pega la hicimos bien.
Ahora la nieve tapa nuestro parque,
el que proyectamos para el descanso de los héroes
y el esparcimiento de las familias,
donde encontramos lugar para esconder los que sobran.
Nos prometieron primavera
pero aquí estamos de nuevo.

Paso fronterizo

La frontera, la estepa donde el caminante
resulta un atravesado terminal. Un punto falaz del horizonte.
De cerca, él trae los zapatos en la mano,
cuelgan de los cordones
—la chaqueta en un gesto de galán
inútil, sobre el hombro.
Trepa las piedras,   la arena herida;
el musgo erizado y seco
se desgrana cuando repone el peso
del cuerpo.
Pierde el equilibrio.   Lo estoy mirando,   jadea   enfoco el
        lente.
A contraluz y de cara al viento, no se percata
de que estoy. Solo tengo que esperar
y me ahorro la bala.

Ya no respira, el sol neutraliza
su impulso de llorar. El país
se hunde a sus pies.

El hambre

El hambre nos trajo
El hambre
¿Cuántos somos en el lobby de la ciudad?

Es la ciudadela de las letras,
una escritura garrapateada en el atlas,
rutas, pasajes, túneles a solas
la ciudad es nuestra:
un refrigerador repleto, despensa del candado roto

El hambre los trajo
cayeron sobre los árboles, las plantas, los jardines
El Forestal es un peladero
Ahora carecemos de puertas
se las comieron hace tres días.
luego les entregaremos los muebles

Alguna vez Santiago fue hermosa.
No quedará un espacio recortable en la memoria
el mapa desaparece, los códigos mueren devorados: los asados,
    los hijos al colegio, la línea cinco, el bautizo aburrido, las
    sopaipillas pasadas en invierno

Alguna vez la ciudad fue
El hambre nos trajo
comemos de todo, menos carne.



Carolina Salinas
Paisaje
Colagrafía, 2020

Los caminos del pan

Observa la miga que desechamos una mañana
cualquiera, sonsacándola con el pulgar al abrir una marraqueta,
por las calorías, qué absurdo. Que enguata, que engorda,
si la corteza es más peligrosa, abuela; ahora me vengo a enterar
después de 16 años fuera del país, viendo un matinal de TVN.
El trigo marca su historia simbólica entre los compatriotas.
El pan chileno, entre los mejores del mundo, se echa de menos,
llegan historias de contrabando: mi viejo, cuando volvimos,
mandó fotos a Washington, D.C., comiéndose un lomito
palta. Le envió un pan envuelto en aluminio para que
llegara fresco al amigo que dejó atrás. Antes era posible
hacer esas cosas, antes era más fácil conseguir pan.

Los desayunos son de perros sucios con cereal de chocolate en el
hocico, de imanes con la cara de Salvador en la puerta del
refri, tengo un vinilo de Quilapayún comprado en
Alemania Occidental, pero no el tocadiscos. Y la radio,
quién la escucha, en las mañanas ya.
Quién ya piensa en esa historia, quién recuerda.

La alacena está repleta de gorgojos.

Cuchillo azteca

Tenue compañía,
la bifurcación del camino nos atraviesa
mientras la carga oscura de los deseos
multiplica a cada paso
el tortuoso abrir del nervio.

El cirujano adopta una dulce
elevación en el ángulo del bisturí.

El rostro de la hoja
circunda un sol que no atardece:
un faro que despliega el horizonte
volcado en espiral.
La autopsia,
un águila al acecho de la presa.

El corte en la piel no hiere
con la propia sangre.

Orilla

Enero, el sol calienta las piedras,
insidiosa la marea alterna con
el galope de los pelícanos
nocturnos, las carcajadas estallan
sobre la frontera entre los barcos
anclados en el fango —y el muelle
condenado a la franquicia.
La mortuoria cadena en el tráfico,
se tensa con cada amanecida.

En todas partes, la gente
tendida sobre el suelo
practica una respiración abdominal
coordinada. Hay impulsos
que solo provienen del mar.

Craneografía

La sombra del follaje
presta un dudoso refugio
en este verano.
Viento que escurre la artesa repleta
de la última lluvia
cuando los atardeceres
temieron el fin de la infancia,
la angustiosa desdicha de ser
niño; la escuela no solo es
prisión sino matadero, campo
de juego para que los héroes
desplieguen lo que han aprendido
El árbol, es cementerio de cráneos
agujereados por la práctica de tiro, colgados
en cada rama, muñecos-amasijos
preservados para el espectáculo.

Estación terminal

Una estación al atardecer
no sabe dónde va, las carambolas
escogen un azar que baja de los telégrafos.
Me detuve, arrimado a la boletería
pregunté al aire —la cuenca atravesada de la silla—
por el horario del próximo
tren. Escrito en las paredes como grafitti
está el tiempo humano, los gritos que
midieron la secuencia desigual del siglo.

Desplacémonos de la raíz de la penumbra,
cuando acaba el cielo en su contorno
la terquedad del amanecer nos acompaña.
Tenemos la mirada de los perros que deambulan
por el terminal, en la busca de sobras
Hora de la muerte, el soma se repite
en los viajeros más que en otros humanos.

Madriguera

En detrimento del camino
los tablones de azúcar resplandecen,
en ellos crece el musgo
florecido, los hongos que
los pasajeros buscan a través de la ventana.

Cómo inscribir a un país en el camino,
el polvo oculta la huella.
Encierros en los nervios del alerce,
la madriguera humana.

La gruta que en cada casa esconde
de la vista, la basura acumulada
en estos años de frío.
Esperemos que vuelva la madera
de la que está hecha la carne.



Yugo distante

Si este bus transitara por las casas
o entre fábricas proyectadas por un arquitecto ya
enterrado,
conoceríamos quizás la sangre que nace
del rechinar de manos que aprietan un yugo distante,
una pericia de obreros atacando la materia;
palparíamos las cocinas a leña, el ritual del mate
que pasa de mano en mano; un pomo partido
por los signos que resume el viento.

No hay tierra que no quiera perder de vista
y un espejo es el único garante de la travesía
los senderos no se bifurcan al menos
que se demuestre coraje.
Quizás, a la salida del túnel, las compuertas se abran
a otro mar, a una costa desconocida
donde los puertos no duerman.

Carolina Salinas
Perdiendo el cielo
Colagrafía, 2020

Los queltehues no tienen la culpa

Los queltehues no tienen la culpa,
no fueron ellos los chamanes
del viento gris, la tensa lluvia.

Al contrario, puedo verlos correteando nubes
mientras ordeno los ladrillos sobre el tejado,
las tablas rotas, el neumático fiel.

No pudieron ahuyentar a los portaviones
que encallaron en el pie de monte.
No tuvieron chance alguna de alejar
a las ballenas de la playa.

Es inútil arreglar la plancha volteada.
Elijo una olla y la coloco en el piso
debajo de la cascada latente.

Giran los queltehues todavía

y abajo
los pichones gritan
porque ya
presienten

la muerte

en aguacero



Carolina Salinas,
Sin título,
colagrafía, 2020

Spectrum

Take this pain apart
like a prism, break it down
the spectrum lies awake
        deliciously
against a bedside morning

Long ago it never scorched like this
        train of nerves spread
        across the threshold, hanging
        teeth to dry
        on the clothesline overlooking
the tin roofs —of a city
left to the wayward hills

Nota del autor: Los siguientes poemas fueron imaginados y escritos en inglés, y luego los traspasé al español. En el proceso, ambas versiones se alimentaron y cambiaron mutuamente. Me pareció que valía la pena incluir los «originales»..

Espectro

Toma este dolor y desármalo
como un prisma, descomponlo
el espectro yace despierto
          delicioso
inclinado contra una cabecera, de mañana

Hace mucho, jamás quemaba así
          tren de nervios tendidos
          al cruce del umbral, colgando
          a secar los dientes
          en la roldana sobremirando
los techos de zinc —de una ciudad
a merced de los cerros veleidosos

Veranda

I had a view from the porch window, but it's gone now.
I didn't leave, though. I couldn't have anyway, placed on that
cranky wheelchair you brought me one day. You're getting
old, you see… shouldn't be out on your own anymore.
Maybe you're right. Sometimes I'd see the orderly flash of
bayonets over the moor. Truck tires crisscrossing the
bracken. I ceased my little veranda walks.
It'd be a good idea just to linger behind the window, read
cupboard newspapers, solve unfinished crosswords, watch
the sun set and rise. Meanwhile, outside they lit the heath
piecemeal. The smoke came like a drizzle.
I can't see the sunset. I'm left with the slow-sharp strokes of
Turner's brush, —specially his late watercolors—,
addressing the swirls of cloudy splotches.
The window is shuttered up now. Silence in the house. When did
you stop hobbling down the staircase? I'd hear your
footsteps slip by the door, you'd put the daily food tray on
the ground. You pretended I couldn't hear you. Yet I was
seasoned and clever, too clever for your earthy games.
I remember how the parliament blazed, it left a shimmer that
still lasts today as landscape. I slit the hoses with these
hands.
Poetry taken up for laughs —crawling the wheelchair dies—. I
never got off again. The fog has crept up too far into the
house, a cloth to suffocate my beat of lungs.
I have hoped for your return, but I know it's useless. I played
along, I feigned I couldn't walk and now it's too late.

Veranda

Tenía vista desde la ventana del porche, pero ya no está.
No me fui... no podría, puesto en esa mañosa silla de ruedas que me trajiste un día. Te estás volviendo viejo, ¿no ves?... ya no deberías andar afuera.
Quizás estés en lo cierto. Podía ver a veces el ordenado relámpago de bayonetas sobre el páramo, la huella de camiones zigzagueando entre los frailejones. Cesé de mis pequeños paseos por la veranda.
Sería una gran idea quedarme detrás de la ventana, leer los diarios de la alacena, resolver crucigramas sin terminar, ver el sol ponerse y salir. Mientras, afuera prendían el matorral de a poco. El humo llegó como una garúa.
No puedo ver la puesta de sol. Me quedo con los trazos lentos y avezados del pincel de Turner —las acuarelas tardías en especial—, al convocar las volutas de manchas nubosas.
La ventana está clausurada con tablones. Silencio en la casa. ¿Cuándo dejaste de cojear escalera abajo? Escuchaba cuando tus pies se deslizaban tras la puerta, la bandeja de comida la ponías en el suelo. Fingías que no podía oírte, mas yo era curtido y astuto, demasiado para tus juegos terrosos.
Recuerdo cómo ardió el parlamento, dejó un resplandor que perdura hasta hoy como paisaje. Con estas manos, cercené las mangueras.
Poesía agarrada para la sorna —reptando, la silla de ruedas se muere—. Nunca me levanté de nuevo. La camanchaca había penetrado la casa, un paño hecho para sofocar mi latido de pulmón.
Tuve esperanzas de tu regreso, pero sé que es inútil. Acepté el juego, fingí que no podía caminar y ahora es demasiado tarde.

Reseñas

Rodrigo Suárez Pemjean (Santiago de Chile, 1971). Poeta y editor de Proyecto Páramo, profesor de Castellano e Inglés, Mag. en Literatura Chilena e Hispanoamericana y Diplomado en Edición. Editor de *PlexoAmérica: Poesía y Gráfica Morelia-Valparaíso*, EUV (Fondo del Libro 2013) y *PlexoPerú: Poesía y Gráfica Chimbote, Trujillo, Lima, Temuco, Santiago*, Valparaíso, Editorial Quimantú, Santiago de Chile, 2014. Ha publicado en *PlexoSur: Poesía y Gráfica de Temuco, Concepción, Valdivia y Valparaíso*, Editorial Segismundo, 2016; *PlexoAmérica: Poesía y Gráfica Chiapas-Chile*, Páramo Editorial, Santiago de Chile, 2018 y en *PlexoAmérica: Poesía y Gráfica Venezuela-Chile*, Páramo Editorial, 2019. *La república ardiente* es su primer libro, publicado en formato digital por Páramo Editorial, Santiago de Chile, 2020.

Carolina Salinas (Lima). Su obra se caracteriza por experimentar con técnicas de impresión como la colagrafía y el hueco grabado. Ha investigado diversas plantas endémicas que contienen celulosa para hacer papeles artesanales con fibras vegetales urbanas y rurales del Perú. Conjuntamente con hacer grabado, enseña desde 1990 en la especialidad de Grabado en la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde fue coordinadora en tres periodos. Es fundadora del Taller de Arte y Grabado Kimkilen. Siempre participa en exposiciones de grabado fuera del Perú. Dirigió el trabajo de acreditación para su especialidad, que la consiguió el 2018. Sus obras se pueden contemplar en carolinasalinasgrabados.wordpress.com.

Índice



Este libro se terminó de diseñar en junio del 2020 en Santa Victoria con Seminario en la ciudad de Santiago de Chile. Originalmente iba a tener un tiraje de cincuenta ejemplares, pero debido a la contingencia social y sanitaria, decidimos publicarlo en formato digital. Agradecemos la gentil colaboración de la artista visual Carolina Salinas, del Perú, cuyas obras aparecen en estas páginas. Además le damos gracias a Carlos Cociña por su comentario. Así, Páramo Editorial, reafirma su compromiso para con el arte latinoamericano y la permanente búsqueda de una poética en sentido amplio.